

LA INTEMPERIE, EL PUNTO DE PARTIDA DE UN MONÓLOGO INTERIOR...

Cardozo, Paula Patricia

Alumna de la cátedra de Psicología Evolutiva Adulto Vejez. Licenciatura en Psicología. Facultad de Psicología, Educación y Relaciones Humanas. Sede central.

Email: paulacardozo97@hotmail.com

Palabras clave: vejez, representación social, rol del psicólogo

Me pregunto cómo inicio un escrito de esta índole, donde no tengo ni límites, ni fronteras ni restricciones. ¿Por dónde empiezo? Pienso y pienso. A veces cuando nos son abiertas las puertas de la expresión, con total libertad, uno queda como a la intemperie, sin suelo firme, arrojado a la creatividad.

A veces considero que me despliego más en la interioridad. ¿Quién puede silenciar un monólogo interior? A menudo se generan en mí movimientos de cuestionamiento, constantes repliegues hacia mí misma.

El recorrido por la cátedra ha sido el detonante de uno de esos movimientos: pronto me vi ante el reconocimiento de que en mí existían prejuicios, y ante la impresión que me generó la fortaleza con que estos estaban en mí impregnados. Advertí ya luego que enunciaba con naturalidad ciertas palabras o discursos. Con el paso de los meses parecía de a poco yo adquirir una escucha crítica, todavía a ejercitar, dirigida a mis propios enunciados y a lo que escuchaba de los demás.

Lo dicho con naturalidad tuvo desde ese momento en mí, la mayoría de las veces, un efecto de “resueno”. Cuando me encontraba poniendo en práctica la adquisición de esa escucha, reflexionaba (a posteriori): “Que lo que uno mismo enuncie le genere ruido, podría asimilarse, poéticamente hablando, con una nueva forma de ver el mundo, o quizá, una nueva forma de “oír el mundo”. De pronto sentí que podía quitarles a las palabras su propio velo. O lo más sustancial: había descubierto que las palabras o los discursos que yo emitía, en mi cotidianeidad, estaban repletos de velos. Había algo que cegaba, que hacía que lo “obvio” no me generara ruido.

Sabía desde un principio que el psicólogo no tenía competencia para ser juez, que por eso era importante que él supiera oír sus propios enunciados, que de él no saliesen juzgamientos.

Coincidió, sin vacilar, con Iacub (2001) respecto a pensar la realidad como una construcción (sabiendo que esa idea la tomaba de los sociólogos Berger y Luckmann). De pronto elevé las características que suponía obvias de la vejez al estatuto de prejuicio, de representación social, de doxa social. Estos eran elementos de los que yo

misma no me encontraba exenta: “es que es inherente, me decía, a mi condición de sujeto social”. Una vez me propuse pensar que quizá lo que enmudece un prejuicio (quiero decir, lo que hace que nadie lo oiga como “ruido”) es el consenso social, los tantos lugares desde los cuales este es sostenido. ¿Quién será capaz de problematizar lo “obviado”?

Tuve así en mis manos una primera respuesta a mi incesante interrogante, que venía desde años anteriores: ¿Cuál es el rol del psicólogo? ¿Qué lo caracteriza? ¿Qué lo diferencia de otras profesiones? Pensaba y pensaba: una escucha crítica, me decía. El psicólogo sabe oír lo que a nadie le hace ruido.

Pero, ¿a quién oye el psicólogo?, me preguntaba. Al sujeto. Parecía una respuesta fácil, sencilla. Pero luego indagaba yo más: Si el psicólogo sabe oír en el discurso del sujeto representaciones sociales, prejuicios, doxas sociales, etc., ¿eso quiere decir que él, en los padecimientos, en las dolencias del sujeto, sabe oír además otras voces, otros gritos?

Empecé entonces a construir un rol del psicólogo apoyándome en la premisa de que no había sujeto psíquico sin sujeto social. El psicólogo, tal como yo lo empezaba a concebir, no pensaría jamás al sujeto aislado, fragmentándolo del contexto social. De allí también se bifurcaba la idea de que si el rol del psicólogo se limitaba a la clínica, al consultorio, ello no implicaba oír sólo al sujeto psíquico, cercenándolo del sujeto social. Esa partición era, por premisa, imposible de ejecutar.

Para construir estos planteos me fui sirviendo de ilaciones de pensamiento que a menudo tenían su raíz en otras cátedras. En Psicología Social, Familia y Sistemas logré noticiarme de un autor: Serge Moscovici. Podría yo decir que mis construcciones con respecto al rol del psicólogo fueron semejantes a la actividad de quien arma un rompecabezas, donde si bien están presentes todas las piezas, estas están dispersas.

Moscovici (1991) planteaba que el carácter original e incluso subversivo del enfoque de la psicología social (visión psico-social) consiste en cuestionar la separación entre lo individual y lo colectivo, la partición entre lo psíquico y social. Resulta absurdo decir que, mientras estamos solos, obedecemos a las leyes de la psicología, que nos conducimos movidos por emociones, valores o representaciones. Y que una vez en grupo cambiamos bruscamente para comportarnos siguiendo las leyes de la economía y de la sociología, movidos por intereses y condicionados por el poder. O viceversa. Desde hace mucho tiempo, Freud ha hecho justicia y revelado la inanidad de este absurdo: “La oposición entre la psicología individual y la psicología social o psicología de muchedumbres, escribía, que a primera vista puede parecernos importante, pierde mucho de su acuidad al ser examinada a fondo. No cabe duda de que la psicología individual tiene por objeto al hombre aislado y que intenta saber por qué vías éste trata de satisfacer sus influjos pulsionales, pero al hacerlo, raramente está en condiciones -tan sólo en circunstancias excepcionales- de hacer

abstracción del individuo tomado aisladamente, pues el Otro interviene con gran frecuencia en tanto que modelo, apoyo y adversario, y por ello la psicología individual es ante todo y simultáneamente una psicología social en este sentido amplio pero plenamente justificado”.

Mis construcciones fueron encontrando en esos pequeños retazos de otras cátedras un pequeño refugio, un asidero. Las transmisiones, las voces de cada cátedra me empezaban a servir de cimiento, de basamento.

Una de estas transmisiones, que se repetía constantemente en la cátedra de Vejez, trataba acerca de los derechos del adulto mayor. Logré ressignificar esta transmisión luego de la visita a las instituciones, hubo un punto de viraje en mi ilación de pensamiento. Di cuenta de la existencia de un sujeto fundamental: el sujeto de derechos. E hice el razonamiento de que era imposible pensarlo también cercenado del sujeto psíquico y del sujeto social. Los tres sujetos que empezaba yo a develar se encontraban en una constante dialéctica todo el tiempo: vale decir, un sujeto era capaz de afectar a otro, y consecuentemente un sujeto era susceptible de ser afectado por otro. Nuevamente me resultaba imposible pensar que el psicólogo sólo oía al sujeto psíquico.

El psicólogo, tal como yo lo empezaba a construir, tenía una particularidad: Él concebía al sujeto como una “amalgama”. Y la concepción de esa amalgama estaba en la base de su escucha. En los padecimientos, en las dolencias, en los discursos, él concebía y oía esa amalgama (sujeto psíquico-sujeto social-sujeto de derechos). ¿Cuándo habla un sujeto? ¿Cuándo habla el otro? No hay separación tajante. Es la complejidad de la condición humana. Hay en la amalgama un sufrimiento, pero ¿qué sujeto llora, qué sujeto grita? ¿Sabrá el psicólogo oír esos llantos y gritos y reconocer su procedencia? Me cuestionaba y me cuestionaba.

Cuando surgen en mí planteos, a menudo, ciertos restos de palabras oídas en las diferentes cátedras retornan de repente, como destellos, en mi auxilio. Me encontré pronto ante la pregunta de por qué trabajábamos temáticas como los prejuicios, las representaciones sociales sobre la vejez, la adultez, la pareja y la familia; me preguntaba por qué hablábamos de trabajo; por qué se hacía tanto hincapié en los derechos, etc. Ante estos planteos vino en mi auxilio algo que había oído en Psicopatología (nuevamente me encontraba construyendo un rompecabezas con piezas dispersas): “Lo que distingue al Psicoanálisis de la Lingüística es que la lingüística estudia el signo lingüístico, el lenguaje; el psicoanálisis, en cambio, estudia los efectos del lenguaje en el sujeto”.

Pronto pensé una analogía: El psicólogo no estudiaba los prejuicios, ni las representaciones sociales sobre las edades, sobre el género, etc., ni el trabajo, ni las familias y diferentes configuraciones familiares actuales, ni los derechos como lo harían otras profesiones: antropólogos, sociólogos, economistas, abogados, etc. Me formulé entonces la siguiente idea: El psicólogo estudiaba todo ello para saber qué efectos

producían en el sujeto (el trabajo, las doxas sociales, los derechos, etc.). ¿Qué consecuencias tiene para el sujeto perder el trabajo si este tiene funciones psicosociales? ¿Cómo impactan en el sujeto y su identidad las doxas sociales con respecto a las edades y los géneros? ¿Qué representaciones sociales se ponen en juego al hablar de pareja, de familia, etc.? ¿Qué posibilita al sujeto el reconocimiento de sus derechos, y cuáles son los efectos de perderlos, de que estos le sean cercenados? ¿En qué lugar ponen las instituciones al sujeto? ¿Es concebido allí como yo lo pienso, como una amalgama, le es reconocida su historia, le son respetados sus derechos? Cuando logré construir aquello, se abrió ante mí el camino para la formulación de ciertas preguntas que, de no ser por esa construcción, no tendrían un basamento. Y allí supe hilar el siguiente razonamiento: Como el psicólogo sabe oír en las palabras y enunciados ciertos ruidos, transmite eso mismo en su propio discurso. En efecto, para quien lo oye, sus palabras no pueden generar sino el mismo ruido. Él corrumpió con el saber obvio, y por eso sus palabras son oídas por otros como molestia, jamás como un agradable sonido.

Era totalmente imprescindible para mí llevar a cabo una construcción del rol del psicólogo para pensar una posible intervención. Sin ello me faltaba un sedimento. A menudo pienso que habitar la intemperie o estar frente a lo que se nos presenta como catastrófico nos lleva a construir. Lo catastrófico conduce a menudo a la desesperanza. La constante búsqueda de un suelo firme en medio de la tempestad es tan común en el hombre. Y quizá sea por eso que el rol del psicólogo, tal como yo lo concibo, implica un desafío constante. Recuerdo una frase de la última clase donde supe oír implícito ese desafío: “No hay pacientes ordenados”.

Las visitas a las instituciones, ¿qué movieron en mí? ¿Qué me generaron? Fundamentalmente, un replanteo sobre el rol del psicólogo. Me encontré ante la idea de que su rol no quedaba reducido a lo que pudiera o no pasar dentro del consultorio. El psicólogo podía también hacer lecturas más allá de la clínica. El rol del psicólogo no se limitaba a ello. Probablemente, si el lugar del psicólogo fuera un lugar estático, cómodo, él no podría oír jamás todos los “ruidos”.

A veces el psicólogo y la terapia en el consultorio no son imprescindibles, no sólo desde ese lugar él puede intervenir. A veces en las instituciones hay otros hechos que pueden ser por él leídos y analizados, hechos que se dan fuera de un consultorio: la formación de un vínculo, ciertas actividades (que no tienen que ver con la terapia en el consultorio) y que cumplen para el sujeto una función terapéutica, etc. El psicólogo, tal como yo lo concibo, tiene la mirada y el oído preparado para saber ver y oír lo que por nadie es visto u oído. Él está ahí en eso que otros podrían tachar de nimio. Él se pregunta a menudo: ¿Qué ha pasado allí? ¿Qué se ha puesto en juego? ¿Qué significado ha tenido ello para el sujeto?

A causa de esa forma de ver y oír tan particulares del psicólogo, se impuso ante mí la idea de que quizá hasta los hechos o situaciones se le aparecen a él de forma dife-

rente a cómo se le aparecen a otros. Él ya no ve sólo lo que está en la superficie. Él va más allá, sabe leer e indagar los trasfondos. Y es a causa de que ve eso que nadie ve, que su voz tiene siempre tonalidad subversiva, él es: la piedra en el zapato.

Pero el psicólogo también debe saber oír a otros profesionales, pensaba. El sujeto concebido como amalgama, implica una comunicación y un trabajo interdisciplinario.

El día que asistimos a un Centro de rehabilitación cognitiva de la ciudad con el fin de participar del festejo por el 25 de mayo, luego del acto se celebraron los cumpleaños de quienes habían cumplido en el mes. Se los presentó y se les cedió el lugar para que dijeran algunas palabras. En su momento no pude oír críticamente lo que uno de los adultos mayores expresaba. Él, luego de haber ingresado al centro, había mejorado un problema que tenía: “ya no uso pañal”, manifestaba. Estaba quizá allí, implícito, el significado que ese sujeto le había dado a su pertenencia al Centro, había habido también un registro de ello en su propio cuerpo. Pero esto lo pensé en un a posteriori, luego de que la profesora nos lo hubiese señalado.

Pensaba y pensaba. Por la agudeza ejercitada de su escucha, el psicólogo pareciera ya no escuchar sólo la literalidad del término. Él, como ya mencioné antes, pareciera siempre escuchar otras voces, otros gritos en una misma voz, en una misma enunciación. ¿Lo hará eso tan particular?

Cuando fuimos a una Residencia privada de larga estadía para adultos mayores, supe ver de seguido allí al sujeto que más tarde concebí como “amalgama”. Vi allí un sujeto psíquico atravesado por una historia. Sus historias estaban en las ropas que los residentes usaban, propias de ellos; en sus pertenencias (recuerdo que una de las adultas mayores portaba una bufanda que ella misma se había tejido); en sus formas y maneras; en sus costumbres, en sus creencias (había adultas mayores que rezaban el rosario); en lo que fueron, en sus profesiones, en el simple hecho de ser llamados por sus nombres. A primera vista había allí un respeto por la condición humana.

Zarebski G. (1999) plantea que a veces los establecimientos o instituciones no sólo carecen de los debidos conocimientos gerontológicos, sino también del respeto mínimo por la condición humana.

Pero pronto irrumpió en mí la idea de que ninguna institución estaba exenta de ciertas deficiencias o irregularidades. A veces a nuestros oídos escapan ciertos ruidos que son escuchados por otros. Esa idea logró irrumpir en mí luego de que en clase algunos compañeros plantearan que, si bien en dicha Residencia se manifestaba un respeto por los derechos, había cuestiones institucionales: un horario para levantarse, un horario de desayuno, etc. ¿Dónde quedaba allí la posibilidad de elegir del sujeto?

A propósito de ello, recordé algo que había leído de Graciela Zarebski. La autora se preguntaba: ¿Qué se puede hacer para que el geriátrico esté del lado de la vida?

Debe ser un lugar donde no se avasalle su condición de sujeto, donde no se coarte su libertad, sus deseos, sino donde, por el contrario, se le permita desarrollar la tarea de seguir haciéndose humano hasta el último suspiro. Para esto debe ser una VIVIENDA más que una INSTITUCIÓN, con calor humano y normas flexibles. Una vivienda en la cual no prevalezca el respeto por los horarios ante todo, sino por sus residentes ante todo. La rigidez de las normas convierte a sus habitantes en objetos de una masa y no los reconoce como sujetos con derecho a un mínimo de privacidad. Quizás no sea fácil lograr que la institución se maneje con flexibilidad, pero no es imposible.

Pensaba y pensaba ante aquella irrupción. Si el borramiento de la subjetividad y del sujeto de derechos (el borramiento del sujeto como amalgama), en menor o mayor medida, es probablemente inherente a la institución, entonces el rol fundamental del psicólogo, tal como yo lo concibo, sería restituir constantemente ello.

“¿Dónde está el hombre cuando agoniza como sujeto en aislamiento, alienación e inmovilidad? (...).”, expresa una frase de Fernando Ulloa.

Nada distingue al psicólogo, como yo lo concibo, como su oído preparado para escuchar ruidos que le resuenan de acuerdo a su manera de concebir al sujeto. Él es, ante todo, rescatista de esa amalgama. A partir de su escucha, hasta el discurso endulzado hace ruido, porque no sólo lo que la palabra dice habla para él, también lo que la palabra no dice, el silencio, lo que se tapa con la palabra. También para él la institución, en tanto estructura con sus características, habla.

Coincidió con Zarebski, G. respecto a que el aporte específico del psicólogo pasaría por la dimensión subjetiva y la puesta en juego de la condición del “viejo” como sujeto deseante. Pensar al “viejo” como sujeto deseante es ser consecuentes con los postulados freudianos acerca de la atemporalidad del inconsciente y de la indestructibilidad del deseo. Requiere entonces poder atravesar ciertos prejuicios y mitos teóricos con respecto a la vejez.

Cuando he preguntado a otros, ajenos a la profesión, ¿qué caracterizaba al psicólogo?, sólo han sabido decirme que “era menos estructurado”. En el inicio de mis construcciones, cuando habitaba el desamparo, era difícil hallar en esa frase algo de verdad. Supe entender, avanzando en mis construcciones, que para abordar ciertos hechos o situaciones el psicólogo debía salir, necesariamente, de la estructura.

Quizá en mi construcción del rol del psicólogo se halle implícita una posible intervención. Se me ocurre pensar que tanto la construcción de su rol como la intervención son dos caras de la misma moneda, el anverso y el reverso. No podría pensar entonces al uno independientemente del otro, porque el uno justifica al otro.

Quizá mi dificultad para delimitar al psicólogo radicaba en el hecho de que su rol jamás será algo dado de ante mano: El rol del psicólogo se construye cada día. Es la práctica que justifica una concepción del sujeto como amalgama, y considerado en su singularidad. En efecto, no habrá en el psicólogo saber prefijado sobre el sujeto.

Si esto en lugar de darme tranquilidad me ocasiona un sentimiento de catástrofe sabré que estoy en lo cierto, porque quizá, como dice Lacan en un momento: "(...) nada es más disparatado que la realidad humana".

Probablemente no concluya aquí el recorrido de mis construcciones. ¿Quién puede silenciar un monólogo interior, el constante repliegue a uno mismo, el camino a la resignificación?

Querría concluir diciendo que quizá la labor del psicólogo, tal como yo la concibo, no sea muy diferente a la labor del artesano; y que quizá la psicología no sea más que la ciencia de lo humano.

Bibliografía

- Iacub, R. (2001). *Proyectar la vida. El desafío de los mayores*. Buenos Aires. Manantial.
- Moscovici, S., Abric, J. C., Ibañez, T. & Rosenbaum, D. (1991). *Psicología social, I: influencia y cambio de actitudes, individuos y grupos*. Barcelona. Paidós Ibérica.
- Zarebski, G. (1999). *Hacia un buen envejecer*. Buenos Aires. Emecé.